

Cultura, imágenes urbanas y espectáculo. A propósito del ecumenismo multicultural de la Barcelona del Fórum 2004¹

Joan J. Pujadas²

Las paradojas surgidas de “la convivencia de la opulencia comunicacional con el debilitamiento de lo público, la más grande disponibilidad de información con el deterioro de la educación formal, la continua explosión de imágenes con el empobrecimiento de la experiencia, la multiplicación infinita de los signos en una sociedad que padece el más grande déficit simbólico. La convergencia entre sociedad de mercado y racionalidad tecnológica disocia la sociedad en «sociedades paralelas»: la de los conectados a la infinita oferta de bienes y saberes, la de los inforricos, y la de los excluidos cada vez más abiertamente tanto de los bienes más elementales como de la información exigida para poder decidir como ciudadanos”, de las que nos hablan J. Martín-Barbero y G. Rey (1999: 22), son especialmente evidentes en el caso de esta gran operación urbanística y mediática llamada Fórum de las Culturas 2004 que está a punto de iniciar sus actividades, bajo el signo de la pompa y la solemnidad de una Barcelona-escaparate post-olímpica que aspira a volver a ser el centro de las miradas de los *inforricos* de la posmodernidad transnacional. No importa que la cotidianidad de la ciudad y de sus áreas vecinas esté marcada por procesos crecientes de exclusión social y nuevas formas de segregación, basadas en una lógica esencialista de las culturas llamada *multiculturalismo*.

El centro de la paradoja que intento analizar aquí es el siguiente: Barcelona, que quiere ostentar la condición de capital de la Europa mediterránea, fomentando su imagen como ciudad acogedora, cosmopolita y emprendedora, es al mismo tiempo incapaz de gestionar su pluralismo cultural interno desde el punto de vista de las políticas sociales, culturales y urbanísticas, tal y como lo demuestran las actuaciones realizadas en el distrito de Ciutat Vella y, sobre todo, en el barrio del Raval.

Los ejes analíticos en que se basa nuestra argumentación son: (1) la convivencia de las operaciones opulentas de imagen municipal y el debilitamiento de los mecanismos de concertación y participación democrática; (2) el reforzamiento

¹ Traducción de “Cultura, imatges urbanes i espectacle. A propòsit de l’ecumenisme multicultural de la Barcelona del Fòrum 2004”, artículo publicado originalmente en la revista *Quaderns*, sèrie monogràfics n° 19, pp. 145-160, Institut Català d’Antropologia, Barcelona [versión castellana de Pedro Quintín Q., profesor del Departamento de Ciencias Sociales, Universidad del Valle].

² Antropólogo, profesor de la Universitat Rovira i Virgili (Tarragona, España).

mediático de imágenes culturales de cosmopolitismo y posmodernidad, basadas de manera unilateral en la vinculación de la ciudad con los valores y los símbolos de la globalización, relegando y menospreciando al mismo tiempo los aportes de los agentes del multiculturalismo urbano que llenan la ciudad de “colores”; (3) la ciudad acogedora y proyectada para la atracción de turistas y de agentes empresariales transnacionales es, al mismo tiempo, una ciudad segregadora que no sabe gestionar su pluralismo cultural.

Ciudad plural y participación ciudadana

Las ciudades están dejando de ser, gradualmente, mono-culturales. Y están dejando de ser también la expresión abanderada de una cultura y empiezan a tener necesidad de articular convivencias concretas entre culturas. De ahí se deriva que el diálogo entre las culturas para la convivencia no sea tan sólo un diálogo geopolítico, geoestratégico y que tenga que ver con las naciones, los ejércitos y el terrorismo. Los alcaldes lo estamos viviendo en cada una de nuestras ciudades de una forma concreta y cotidiana y nos planteamos si tal pauta cultural es aceptable o no por parte de la mayoría o de la minoría, si la mayoría tiene derecho a opinar sobre pautas culturales, etc. Todo este tipo de mensajes son los que hoy pasan a ser la labor cotidiana de la práctica de la convivencia de nuestras ciudades. (Clos, 2002)

Resulta curiosa esta percepción del fenómeno del multiculturalismo por parte del alcalde de Barcelona y presidente del consorcio organizador del Fórum. Pocos observadores de los temas urbanos que afectan a la ciudad harían tal énfasis en el carácter novedoso o incipiente del multiculturalismo. Ya en 1964, Francesc Candel, en su libro *Els altres catalans* [Los otros catalanes], planteaba: “No sé cuál es el tanto por ciento de habitantes autóctonos que necesita una ciudad para mantener su idiosincrasia y no caer en el cosmopolitismo. ¿Barcelona es cosmopolita? Yo creo que sí” (Candel, 1968: 15). En la época en que escribía esto aún no se había puesto de moda el término multiculturalismo y cabe entender, por tanto, que su afirmación sobre la naturaleza cosmopolita de la ciudad se expresaría hoy con el término multicultural.

A inicios del siglo XX Barcelona era una ciudad mediana y con poco más de medio millón de habitantes. La ciudad de los prodigios, usando la expresión que hizo famosa el escritor Eduardo Mendoza, no habría sido posible sin el aporte de centenares de miles de inmigrantes que llegaron a Cataluña durante los años 20 y, posteriormente, en los 50 y 60. Barcelona y su área metropolitana se han caracterizado por ser culturalmente plurales y socialmente segregadas desde hace más de un siglo. ¿Dónde se traza la frontera, con referencia al grado de diferencia y de diversidad, entre la llegada histórica a la ciudad de inmigrantes andaluces,

extremeños o gallegos y los actuales procesos migratorios, con los que Barcelona se vuelve multicultural, gracias a la presencia de latinoamericanos, magrebies, subsaharianos o asiáticos?

¿Se trata esencialmente de un problema cultural o de un problema social? La respuesta política es clara (además de retórica): se trata de un problema cultural. Por eso es necesario organizar un Fórum de las Culturas. Por el contrario, creo que el déficit de convivencia ciudadana en la Barcelona contemporánea, al igual que en otras muchas ciudades del norte económico, no se puede reducir a problemas de diferencialismo cultural. Las bases del multiculturalismo o cosmopolitismo barcelonés no provienen sólo de los aportes que hacen los inmigrantes extranjeros, sino que son el resultado esencial del impacto de la globalización cultural y mercantil (Appadurai, 1991; Friedman, 1990) y, al mismo tiempo, de la orientación empresarial pública y privada hacia el turismo y hacia la constitución de Barcelona como un nudo simbólico y económico de la globalización dentro del área euro-mediterránea. Entonces, ¿por qué la única diferencia cultural inquietante es aquella que aportan los inmigrantes?

En un artículo sobre la gestión del pluralismo cultural en Estocolmo, U. Hannerz (1998b) destaca cómo, en Suecia, el aparato de Estado supo transitar desde posiciones de centralización y de cohesión homogeneizadora hacia la aceptación de la diversidad cultural como fenómeno duradero y característico de la etapa histórica contemporánea. Este cambio de mentalidad se refleja en el marco de un Estado del bienestar y en el desarrollo de programas activos de protección y fomento de la cultura de los inmigrantes:

El bienestar cultural como idea autóctona dio otro paso, más allá del mero hecho de permitir que las personas que tenían un entorno cultural diferente fueran ellas mismas; y se transformó en un bienestar multicultural a medida que el estado fue asumiendo la responsabilidad de apoyar las culturas de los inmigrantes. Y así se pusieron en marcha y se mantienen, ayudas para las asociaciones de inmigrantes y sus actividades: clases de las diversas lenguas nativas en las escuelas y esa sorprendente biblioteca pública multilingüe en Hallunda... los grupos de inmigrantes se convirtieron en clientelas imaginadas de los estamentos oficiales. (Hannerz, 1998b: 255)

El caso de Barcelona es manifiestamente distinto al de Estocolmo, tanto si se mira desde la perspectiva local y autonómica como desde la estatal. El Estado español no ha dejado de ser culturalmente homogeneizador (pese a la ficción del sistema autonómico), ni es en verdad un Estado del bienestar. Ni desde el ámbito municipal barcelonés ni desde el gobierno autonómico catalán existen verdaderas políticas de apoyo a las culturas minoritarias, aun cuando se da apoyo a determinadas asociaciones de extranjeros como una forma de crear nuevas clientelas políticas y de ofrecer una imagen cosmopolita.

Tanto los magros recursos que reciben las asociaciones de extranjeros como las reiteradas llamadas por parte de las instancias públicas a la participación de las minorías culturales en la dinámica de la sociedad civil, han de ser entendidos más como un reclamo electoral o como una campaña de imagen que como la expresión de un cambio de actitud hacia la diferencia cultural. Tal cambio de actitud supondría asumir el pluralismo cultural como una plataforma de intercambio creativo compatible con la aceptación de un proceso recurrente de mestizaje cultural. Pese a que el mestizaje barcelonés y catalán es una evidencia –si nos centramos en el ámbito del consumo de las industrias culturales globalizadas–, no es menos cierto que la identidad de los barceloneses (como la de los europeos en general) se sigue construyendo sobre imágenes históricas de pertenencia a una nación culturalmente homogénea y a partir de la negación de la alteridad que representan los inmigrantes.

El análisis de los materiales del Fórum publicados en la web [www.barcelona2004.org] muestra que –más allá de algunas abstracciones sobre la diversidad cultural, el desarrollo sostenible y las condiciones de la paz– los objetivos perseguidos son los de promover nuevamente la imagen cosmopolita de Barcelona sin tener en cuenta los problemas internos que ella tiene que enfrentar con el fin de lograr lo que Hannerz llama el *bienestar multicultural*. La Barcelona post-olímpica quiere dar señales de vida a nivel internacional, reforzando su imagen de ciudad acogedora. Pero, ¿quiénes son sus destinatarios? ¿Los barceloneses, catalanes o españoles? No, al menos como prioridad. Con los actuales precios de los hoteles de Barcelona, sólo una pequeña elite transnacional estará en condiciones de participar en el conjunto de actos que se desplegarán entre los meses de mayo y septiembre. Por otro lado, ¿qué quiere decir participar en el Fórum? Esencialmente, hacer de consumidor de un producto cultural exquisito y exclusivo.

¿Dónde queda la idea de participación de la ciudadanía? Como declaraba en una entrevista el alcalde J. Clos, la participación popular está ligada al espíritu festivo del Fórum (Cía y Fancelli, 2004: 31). El ciudadano, el habitante de la ciudad, es tenido en cuenta más en su dimensión de consumidor que como interlocutor en los debates. En todo caso, la interlocución será el resultado de los múltiples debates protagonizados por toda una serie de personalidades invitadas procedentes del mundo de la política, la cultura, y la ciencia. Por lo que se ha conocido, han sido pocos los que, dadas las generosas condiciones de las ofertas, se han negado a participar en base a una posición crítica –sólo lo ha hecho, como siempre, gente apocalíptica del estilo de Noam Chomsky–. Sin embargo, y pese a este proceso de cooptación de los agentes de debate y diálogo, no nos engañemos:

si alguien tiene ideas relevantes sobre cómo organizar el mundo en la diversidad cultural, la paz y la sostenibilidad que venga al Fórum y lo explique. Muchas organizaciones lo harán: Intermón, Cáritas, muchas ONG. Toda la gente de buena fe está en el Fórum. (J. Clos, en Cía y Fancelli, 2004: 31).

Barcelona es concebida por los organizadores del Fórum como una ciudad mundial (Hannerz, 1998a), como el lugar de un evento transnacional, deslocalizado y ecuménico. Pero en una convocatoria universal con estas características no hay espacio para debatir los problemas cotidianos de convivencia entre ciudadanos, entre locales y recién llegados, entre personas que tienen culturas de referencia diferentes y que conviven o se toleran en un marco de segmentación social donde las etiquetas asociadas al lugar de origen de cada quien tienen mucha importancia a la hora de facilitar o de impedir los procesos de inserción y de mestizaje. Los problemas culturales que se debatirán en el Fórum son problemas abstractos y deslocalizados, para los que Barcelona tan sólo se constituye en el escenario. Ahora bien, la construcción del escenario es, al mismo tiempo, una oportunidad para cambiar el tejido marginal y degradado del límite norte del municipio y, al mismo tiempo, se convierte en otra operación de especulación con el suelo urbano en una de las ciudades españolas donde la vivienda es más cara.

¿Es justificable el Fórum en términos sociales? ¿Constituye una prioridad para habitantes de Barcelona y para su bienestar que Barcelona vuelva a ser la ciudad estelar del firmamento globalizado? ¿Cuál es la factura que la ciudadanía debe pagar con cargo a la concepción faraónica de las obras de escenografía de este espectáculo mediático? A juzgar por la actitud de la Federación de Asociaciones de Vecinos de Barcelona (FAVB), que ha rechazado adherirse o participar en el Fórum, es mínima la sensibilidad hacia los problemas de los vecinos por parte de las administraciones públicas que dan soporte al Fórum. Tal y como recoge la prensa, los testimonios de frustración de los vecinos de la zona son abundantes (cf., por ejemplo, Peirón, 2004a). Esta ausencia de concertación con los vecinos, así como la amenaza de la *gentrificación* que suele acompañar a las grandes operaciones de renovación urbanística, ya las constataba la periodista Maruja Torres a raíz de las intervenciones municipales en el barrio del Raval que empezaron unos años antes de la realización de los Juegos Olímpicos de 1992:

Parece que existe un plan para remodelar el barrio, que van a convertirlo en un lugar distinto, derribando manzanas enteras de habitáculos miserables para quitárselo a los marginales que ahora lo pueblan, viejos supervivientes que le pertenecen como las lesiones de sus paredes, y a los extranjeros que, entre sus calles desatendidas, encuentran un primer refugio cuando recalán en la ciudad. Quieren que al Barrio vayan a vivir jóvenes profesionales de éxito, crear centros de lo que llaman animación cultural, borrar del mapa una mancha negra, ahora que la ciudad está empezando a ponerse en obras para cuando se celebren los Juegos Olímpicos. (Torres, 1997: 35).

Cada vez más, las grandes ciudades son escenarios al servicio de aquellos que G. Martinotti (1996) denominó *usuarios urbanos*, quienes, también cada vez más,

son de carácter transnacional (empresarios, inversionistas, turistas, asistentes a congresos, etc). La ciudad es, por un lado, un escenario de estas actividades y, en momentos estelares, como durante los Juegos Olímpicos o el Fórum, se convierte en un gran escaparate y mostrar que puede acoger todo tipo de actividad, cualquier reto. Los ciudadanos, especialmente las capas pobres y más marginales, estorban: los gestores urbanos ponen la ciudad en manos de los *usuarios urbanos* en detrimento de la población (Pujadas y Baptista, 2000).

Cosmopolitismo versus multiculturalismo: dos lecturas del proceso de mestizaje cultural

La naturalización de la cultura deviene un esquema ideológico que sirve para justificar la segregación de las minorías culturales. En primer lugar, es importante destacar los mecanismos de construcción de la categoría de minoría cultural. En concreto, ¿cómo así que los inmigrantes ecuatorianos o colombianos constituyen minorías y los anglosajones no? Si lo miramos desde el punto de vista del consumo, los ciudadanos-consumidores autóctonos otorgan gran valor a las mercancías culturales de origen anglosajón, lo que muestra la relación desigual y de dependencia entre los consumidores barceloneses y las instancias que manufacturan los productos culturales en los grandes centros del entramado global. Los masivos canales publicitarios y de comercialización llegan a instalarse en el corazón mismo de la ciudad semi-periférica, contando para ello con la condescendiente aceptación por parte de los consumidores *colonizados*. En cambio, los productos culturales que ofrecen los inmigrantes son *subalternizados* en la misma medida en que es subalterno (o inexistente) el estatuto ciudadano de estas poblaciones.

Cabe señalar que el proceso de mestizaje cultural en una gran ciudad es una realidad única e indivisible en la que intervienen tanto las influencias de los centros hegemónicos como aquellas otras, a menudo rechazadas desde el plano consciente por los ciudadanos, que aportan las manifestaciones culturales de los grupos *minorizados*. Sin embargo, para efectos analíticos, vale la pena distinguir dos tipos de influencias: las primeras forman parte del tipo de mestizaje que podemos llamar *cosmopolitismo*, mientras que para las segundas reservamos el término *multiculturalismo*. Podemos presentarlos, inicial y sintéticamente, a partir del conjunto de dualismos que separan a estas dos realidades urbanas en Barcelona:

Ciudad cosmopolita	Ciudad multicultural
Acogedora	Intolerante
Globalizada	Segmentada
Homogeneizadora	Heterogeneizadora
Abierta a la otra cultura	Indigenizada
Autoritaria	Plural

Imaginada, inducida	Tolerada
Ecuménica	Segregadora
Transparente	Opaca
Luminosa	Oscura
Aséptica	Llena de olores y colores
Deslocalizada	Territorializada
Trivial	Original, creativa
Diurna	Nocturna
Ciudad de oportunidades	Ciudad frágil
Opulenta	Marginal
Consumista	Autosuficiente
Proyectada hacia fuera	Proyectada hacia dentro

El inevitable maniqueísmo que supone dicotomizar la realidad se justifica aquí en el deseo de ofrecer una herramienta heurística para pensar las antinomias complejas que se esconden tras una realidad urbana que se quiere presentar como unitaria e integrada. Lo que hay que destacar es el carácter irreconciliable de estos dos acercamientos a la naturaleza mestiza de la gran ciudad contemporánea. De un lado, tenemos aquel mestizaje que es fruto de las interacciones y de los intercambios cotidianos entre los residentes de la ciudad, crecientemente conflictivos a medida que la dinámica migratoria y multicultural no está acompañada de suficientes políticas de inserción social y económica, ni de políticas de soporte o de dignificación de las expresiones culturales subalternas. Del otro, está el mestizaje que producen los mecanismos mercantilizadores de la cultura, que convierten al ciudadano en consumidor o, mejor dicho, que hacen del hecho de consumir el principal atributo de la ciudadanía.

Se ha vuelto un lugar común afirmar que son las ciudades, más que los estados, las grandes protagonistas de los procesos de globalización económica y cultural. A medida que los estados son incapaces o bien renuncian a regular y controlar los flujos transnacionales (que son de naturaleza principalmente económica, pero que suponen un gran impacto cultural), las ciudades ganan protagonismo, convirtiéndose en nódulos de relación y de canalización de esos flujos. Las políticas municipales consisten cada vez más (no importa cuál sea su color político) en grandes maquinarias propagandísticas y en promotoras de grandes obras de infraestructura y equipamientos al servicio de la instalación del mayor número posible de empresas y corporaciones, la mayoría de naturaleza transnacional (Borja y Castells, 1997: 139 y ss.). Las grandes ciudades son los escenarios privilegiados de la llamada *nueva economía* y esta función anula o supedita cualquier otra dimensión o atributo, como sugiere Hannerz (1998a: 205-225). Para la socióloga S. Sassen, la combinación de dispersión espacial e integración global ha generado un nuevo papel estratégico para las grandes ciudades, que se concreta en cuatro nuevas funciones:

Sobre su larga historia como centros de comercio y de finanzas internacionales, estas ciudades funcionan ahora de cuatro nuevas formas: primero, como sitios de comando altamente centralizados en la organización de la economía mundial; segundo, como localizaciones clave para las finanzas y para las empresas de servicios especializados, que han desplazado a la producción industrial como el principal sector económico; tercero, como sitios de producción, incluyendo la producción de innovaciones, en estas industrias avanzadas; cuarto, como mercados de los productos y las innovaciones producidos. (Sassen, 1991: 3-4)

Los gobiernos locales de ciudades como Barcelona han aceptado, sin duda, el reto de crear condiciones que faciliten la instalación del mayor número posible de estas empresas innovadoras y globalizadas. Ahora bien, ¿han aceptado también el reto de asumir responsabilidades políticas para gestionar los costes sociales y culturales resultantes de su condición de nodos de los flujos transnacionales? El alcalde Clos piensa que

En materia cultural, sin duda. Si en el siglo XIX y buena parte del XX [la cultura] ha sido un instrumento estatal para cohesionar el territorio, con la industrialización y la comercialización, y no digamos ya con Internet, la cultura se ha vuelto más difusa, menos dirigista. La cultura más espontánea y genuina nace hoy en las ciudades. (Cía y Fancelli, 2004: 31).

Más allá de defender la centralidad creciente de las ciudades, por encima de los estados, como los actores principales de nuestra época, el primer mandatario de la ciudad elude la pregunta de los periodistas sobre las responsabilidades políticas en materia cultural. Como ya se ha visto antes en otra cita de la misma entrevista, la responsabilidad política se cumple mediante la organización de un Fórum para buscar soluciones en un mundo de diversidad cultural. O sea, que la salida a la cuestión consiste en desplazar los problemas concretos de convivencia de la diversidad dentro de una ciudad particular y convertir a esta misma ciudad en el escenario de un gran debate transnacional sobre los problemas genéricos de la convivencia de la diversidad. Alguien podrá pensar, sin ninguna mala intención ni animadversión hacia las autoridades municipales, que esta no es una respuesta adecuada y que, por otro lado, al no vincular el déficit de convivencia con el déficit de inserción social de los agentes sociales, lo que se está haciendo es reificar el concepto de cultura y esconder la verdadera naturaleza del problema.

El poder de la imagen nos transmite la imagen del poder. Los poderosos recursos mediáticos y de difusión de que dispone la organización del Fórum nos ofrecen imágenes de dirigismo urbanístico, de falta de concertación con los vecinos de los alrededores de la zona afectada por las obras en curso, y de déficit en términos de

una auténtica participación ciudadana en la organización del evento. Los vecinos quieren soluciones concretas a problemas precisos, mientras que las autoridades municipales buscan un *eslogan* para dar contenido a una operación económica y urbanística de promoción de la ciudad como centro de negocios transnacional. En lo que se refiere a la participación ciudadana, sabemos que antes de iniciarse el Fórum hay ya 150.000 entradas vendidas, con un recaudo de 3.5 millones de Euros (Peirón, 2004b: 7). ¿Hablamos de participación, de consumo cultural, de respuesta a las influencias mediáticas, de curiosidad o, simplemente, de consumo? ¿En qué medida o a quiénes favorecerá la realización del Fórum? ¿Cuál será la ciudad promocionada, la cosmopolita o la multicultural?

Los elementos más frecuentemente usados para caracterizar a Barcelona como ciudad cosmopolita son:

1. Una ciudad abierta al mundo que compite a nivel internacional para tener una *imagen de marca*, un perfil que le permita sobresalir de manera singular gracias al diseño, la arquitectura (no sólo Antoni Gaudí, sino también el modernismo, el urbanismo del Eixample y el diseño urbano actual), la moda (Pasarela Gaudí) o los grandes acontecimientos internacionales (Juegos Olímpicos, Fórum).
2. Una imagen de ciudad democrática y participativa gracias al uso sistemático de los medios de difusión que destacan la complicidad ciudadana en las iniciativas municipales. Uno de los aspectos que más se trabaja, desde las Olimpiadas, es el de la capacidad de movilización del voluntariado de la ciudad.
3. Como ciudad acogedora, Barcelona se dota de equipamientos para recibir un número creciente de usuarios urbanos, preferentemente transnacionales: palacios de congresos, recintos feriales, instalaciones hoteleras, centros de convenciones, distritos urbanos enteros dedicados a oficinas y a instalaciones para empresas, etc.
4. Una ciudad de visitantes (más que de residentes) ha de ser también una ciudad bien comunicada y, para ello, hace falta un conjunto de infraestructuras de comunicación: aeropuerto con capacidad para operar vuelos intercontinentales, puerto (para recibir no sólo mercancías, sino también cruceros y pasajeros), buena red de autopistas y un sistema eficiente de comunicaciones por ferrocarril (de ahí la importancia estratégica del AVE –tren rápido– para conectarse con Europa).
5. Una ciudad globalizada, aunque se sitúe en una periferia, es una urbe abierta a las influencias culturales y mercantiles de cualquier parte del mundo: cadenas de comidas rápidas, boutiques de las grandes marcas internacionales, delegaciones de empresas transnacionales, iniciativas culturales que atraen a personas de todo el mundo, realización de simposios, congresos, ferias o convenciones de carácter transnacional, operaciones financieras con capitales multinacionales, etc. Como ciudad globalizada, Barcelona es una ciudad convencional, ya que, de una forma u otra, todas las ciudades globalizadas tienden hacia el mismo modelo.

6. Finalmente, una ciudad acogedora, proyectada hacia fuera, internacional, es una ciudad que, para tener éxito, ha de contar con una imagen singular, específica, que ofrece servicios y consumo a un espectro muy amplio de visitantes.

Pero, al mismo tiempo, una ciudad como Barcelona es también una ciudad multicultural que convive con la anterior o, mejor dicho, que se superpone a la anterior:

1. Una ciudad que, sobre todo desde la perspectiva de los vecinos y su reflejo mediático, se convierte en una ciudad peligrosa, insegura, depredadora, inquietante, caótica, con bolsas de pobreza que se quieren esconder o dispersar (Fernandes, 2003).
2. Una ciudad urbanísticamente desordenada, contradictoria, en la que se pasa de los chaflanes elegantes del Eixample a las calles oscuras, degradadas y mal iluminadas del centro histórico y de algunos barrios obreros, o hasta suburbios metropolitanos llenos de edificios con problemas de *aluminosis* –envejecimiento prematuro de las estructuras por construcción deficiente– y con un grave déficit de infraestructuras públicas que ni siquiera 25 años de gestión democrática de los ayuntamientos ha podido superar.
3. Una ciudad segregada espacial y simbólicamente, es decir, socialmente segmentada. Un conjunto de espacios y localizaciones, que se superponen a los de la ciudad cosmopolita, en los que los actores sociales están en tensión permanente para proteger o conseguir espacios donde instalarse. Una ciudad que no ofrece condiciones dignas a los recién llegados ni a determinadas capas marginales de antiguos residentes. Una ciudad protagonizada por relaciones asistenciales insuficientes y precarias.
4. Una ciudad llena de colores, donde ciudadanos y residentes sin derecho de ciudadanía de diferentes procedencias ocupan espacios intersticiales, en la que se experimentan cambios radicales en los tipos de comercio y de relaciones en las calles: tiendas con especias y productos paquistaníes, locutorios, carnicerías *hal al*, tiendas de videos *made in Bolliwood*, peluquerías y tiendas de alimentos regentadas por extranjeros, o restaurantes paquistaníes, árabes y colombianos.
5. Una ciudad que se quiere transformar, como sucede con el barrio del Raval, donde la máquina de derribos municipal tumba de manera sistemática todo lo que queda de la memoria del primer industrialismo de la ciudad. Unos espacios no para conservar y dignificar, sino para demoler. Unos ambientes urbanos de los que los ciudadanos bien situados no quieren escuchar hablar.
6. El contrapunto de la otra ciudad, una realidad poco acogedora, oscura, fea hasta cierto punto, nocturna, que muestra en sus espacios degradados la fragilidad de sus habitantes. Dos partes de la ciudad que dialogan poco y donde los mediadores no pueden representar siquiera la heterogeneidad de vivencias y de intereses de una población fluctuante, segregada y escasamente tolerada.

Déficit de diálogo y participación en un contexto de pluralismo cultural

Mediante los medios de difusión y propaganda municipales, Barcelona ha sabido crear una imagen de concordia, de diálogo y de participación, al mismo tiempo que ha hecho grandes esfuerzos para exportar su exitoso modelo urbanístico. Con las Olimpiadas, se nos mostraba a una ciudadanía identificada con una política municipal concreta, con un reto específico y espectacular. Una ciudad con estas características responde también al modelo soñado por determinados agentes de cambio, públicos y privados, locales y globales, conservadores y liberales. Pero se trata de un modelo en el que no tienen cabida muchos de los actores sociales preexistentes ni aquellos otros que se incorporan a la ciudad sin haber sido llamados. No podemos desvincular la ciudad del conjunto de imágenes y de modelos que han tejido su historia. La historia del urbanismo de Barcelona, desde el tiempo de I. Cerdà (1816-1876) hasta nuestros días, muestra un alto grado de continuidad; así como se puede afirmar que las obsesiones y la incapacidad para gestionar la diversidad interna de la ciudad son una constante histórica (Maza, McDonogh y Pujadas, 2003).

En buena medida, la Barcelona imaginada y soñada por el arquitecto Cerdà tiene mucho que ver con la del alcalde Clos, que responde al modelo de la ciudad cosmopolita que acabamos de delimitar. Ciutat Vella y, mucho más en concreto, el barrio del Raval, son sin duda esa parte de la ciudad que Cerdà nunca consiguió incorporar y domesticar con el objetivo de vincularla y hacerla subsidiaria de la nueva Barcelona del Eixample. El Raval y, en general, el distrito de Ciutat Vella (la antigua Barcelona intra-murallas), son la parte oscura, desordenada, caótica, ingobernable y envejecida, mientras que el Eixample es, al menos en su diseño original dentro del Plan Cerdà (1859), la ciudad soñada, imaginada: amplia, ordenada, uniforme, limpia, controlable.

Desde el último tercio del siglo XIX, la lucha urbanística fue la de tratar de ensamblar el viejo distrito y el nuevo por medio de toda una serie de amplias vías que, desde el nuevo centro, atravesasen y redefiniesen espacialmente la parte antigua de la ciudad. Ampliar el tejido urbano del distrito viejo no era simplemente un acto racionalista de incorporación espacial. Detrás estaba la construcción simbólica, liderada por el discurso de los higienistas y de los reformadores sociales, que quería resolver, al mismo tiempo, los problemas de salubridad y los de desorden social: querían disolver el foco contagioso, tanto de enfermedades infecciosas como de problemas sociales como la prostitución, la pobreza, la marginación o el activismo político (Boatwright y Da Cal, 1984; McDonogh, 1987). Estas visiones dan cuenta de toda una historia de alarma social y de intervenciones que, pese al tiempo transcurrido, persisten hoy en las intervenciones de la administración municipal.

El Raval es uno de esos núcleos principales y más emblemáticos de la vieja Barcelona. Un espacio céntrico, muy cerca de las principales rutas e itinerarios de los turistas y de los visitantes. Un barrio con mucha población que hizo en el pasado

grandes contribuciones a la industria y a la cultura ciudadanas. Un barrio de inmigrantes que se convirtieron finalmente en barceloneses y de barceloneses que buscaban oportunidades, un barrio “servidor de la ciudad” (Artigues, Mas y Suñol, 1980) donde, desde hace muchos años, se han ido substituyendo las callejuelas, los edificios en ruinas, la miseria y la prostitución por edificios nuevos, restaurantes elegantes, espacios abiertos y grandes equipamientos culturales orientados preferentemente para gente ajena al barrio.

En todo este proceso de destrucción y de substitución urbanística y poblacional, no se puede afirmar que las respuestas de los concejales de la ciudad a los muchos problemas del barrio se encuadren en una situación política dominada por la ausencia de interlocutores dispuestos a dialogar y a analizar las perspectivas de cambio de su situación. Son meritorios los esfuerzos de los vecinos para organizar movilizaciones reivindicativas, aún cuando no hayan podido cristalizar en movimientos ciudadanos efectivos, orientados a debatir las condiciones del cambio urbanístico y social del barrio (McDonogh 1999; Maza 1999). El ayuntamiento sabe perfectamente que el Raval es cada vez más un barrio heterogéneo y que ninguna intervención urbanística será del agrado de todos los actores. Al mismo tiempo, los hitos que se quieren lograr con la reforma del barrio no han sido pensados para mejorar las condiciones de vida de sus vecinos, sino para generar la escenografía adecuada y convertir a Barcelona en aquella ciudad cosmopolita orientada a los visitantes y usuarios urbanos.

De entre los muchos ejemplos que se pueden presentar, uno de los más emblemáticos es el de la Plaza de los Ángeles, un espacio que sirve de marco a uno de los mayores equipamientos de la ciudad (más que del barrio): el Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona (MACBA). La desnudez del espacio, desprovisto de mobiliario urbano o de vegetación, nos indica que fue concebido para no romper la visual del espectacular edificio del Museo, que domina la perspectiva de este enclave. El espacio de la plaza está concebido, principalmente, para ser transitado por los viandantes y visitantes del Museo. Es un espacio para mirar y poder admirar con perspectiva las elegantes líneas sinuosas, de un blanco inmaculado, que caracterizan la estética del Museo, que contrasta de forma impactante con el color gris y el estilo clásico del antiguo Convento de los Ángeles y con la oscuridad estrecha de las viviendas de la calle Valldonzella. La función estética más obvia para este espacio, que podríamos considerar emblemático de las prácticas de la reforma urbanística municipal, es mostrar el contraste entre la luz blanca y los amplios espacios de la plaza y la oscuridad del entorno restante, así como la introducción de elementos para la regeneración del tejido urbano que lo circunda.

El trabajo de legitimación del MACBA y de la plaza por parte del Ayuntamiento se ha ido produciendo a través de una programación puertas afuera por parte del Museo. La plaza se ha convertido, desde 1995, en una extensión de las salas de exposición de la institución –de lo que son muestra las exposiciones o *performances*

que se han realizado y que tienen al barrio como motivo: como *Fabrications* (1998), *Solitud a la ciutat* (2000) o *Casas impropias* (2001)–. La intención de estas iniciativas era convocar a los vecinos al Museo y hacerlos reflexionar acerca de la relación del Museo y su entorno, sobre la vida urbana y la anomia o sobre las formas del urbanismo informal. Otros ejemplo de esta búsqueda de la complicidad de los vecinos son *Vecinos del museo* (1996), *Miradas sobre el museo* (1996), *Màscara i mirall* (1997), *Fotografías de Beat Streuli* (1997), *La ciutat de les paraules* (1998) o *Arte y espacio público* (2000). En muchas de estas exposiciones los protagonistas de la mirada de los fotógrafos eran de nuevo los mismos vecinos del barrio o sus calles y, también, las acciones performativas con las que los artistas interpretaban el lugar.

Esta lógica de control simbólico de los espacios públicos se hace evidente, por tanto, en todo este conjunto de prácticas del Museo, convertido así en el principal patrocinador y protector de la Plaza de los Ángeles. Lejos de ser concebido como un espacio de encuentro espontáneo, la Plaza se transforma, bajo el peso de estas acciones, en un espacio programado. Hasta aquí podemos ver una dimensión “exitosa” de las políticas municipales de regeneración del tejido social, a través de la transformación urbanística y de la dinámica cultural. El MACBA y la Plaza de los Ángeles son la expresión ideal de esta nueva Barcelona cosmopolita que quiere exportar la imagen de una metrópoli acogedora, emprendedora y abierta al turismo y a los visitantes transnacionales y, todo ello, sin renunciar en apariencia a ser una ciudad integradora, capaz de resolver los conflictos sociales y urbanos heredados del pasado.

Por su parte, la gente del barrio también ha querido apropiarse del espacio de manera no programada. Por las tardes se ve a madres jóvenes con sus hijos pequeños, una imagen multicolor y multiétnica que se corresponde con la variada composición social del Raval. Se trata, en general, de vecinos, autóctonos o inmigrantes, que viven más hacia el sur del barrio. A menudo se encuentran adolescentes que frecuentan discontinuamente la escuela y que se dedican a jugar fútbol. Pero también hay otros actores en este espacio. Jóvenes *skaters*, provenientes de diferentes partes de la ciudad e, incluso, de otros países, que han adoptado las rampas del Museo y la superficie de la plaza como pista de patinaje.

Las relaciones de toda esta gente con los vigilantes privados del Museo son a veces muy tensas y, en más de una ocasión, se ha recurrido a la policía para que intervenga, puesto que se han ido produciendo denuncias de asaltos y robos a los turistas que frecuentan este entorno, o bien accidentes y molestias con los patines. En otras ocasiones, se ha apelado a la intervención de los servicios sociales del barrio con el objeto de canalizar a esta población “conflictiva” hacia otros espacios.

Esta otra cara de la Plaza es un indicador de algunos de los problemas sociales que aún hay que resolver y a los que la reforma y las acciones de control programado no parecen poder hacer frente de una manera convincente. Asimismo, para cualquier observador superficial que haga uso de la persuasiva propaganda turística

municipal, la Plaza de los Ángeles se presenta como un abigarrado espacio de encuentro multicultural, donde se despliegan numerosas iniciativas que buscan diferentes formas de aproximación intercultural. Sin embargo, una observación más cuidadosa y crítica nos muestra cómo las grandes inversiones en espacios públicos no sirven para reducir los conflictos sociales explícitos o latentes que esconde este enclave metropolitano donde los dispositivos de tutela que se implementan son a menudo impugnados.

Este lugar está muy lejos aun del ideal que se proponía la reforma de este sector y con la que se quería convertir a la Plaza de los Ángeles en un lugar de encuentro, en un *collage* humano de carácter multicultural, abierto a la cultura, donde las paredes del Museo se harían casi transparentes, definiendo un espacio sin fronteras separadoras que propiciara una comunicación interactiva alrededor de la obra de arte contemporánea. El deseo de control, la necesidad de programar el uso de los espacios públicos, denotan una actitud de recelo, defensiva, por parte de las autoridades que es congruente con una concepción de ciudadanía tutelada, al menos en relación con aquella parte de la población que nutre lo que hemos llamado la ciudad multicultural. Hay en la ciudad de Barcelona espacios intersticiales que son objeto de reformas constantes, ya que los públicos que terminan por apropiárselos no son aquellos que las autoridades de la ciudad tenían en mente en el momento de la reforma (el Moll de Fusta y muchas de las plazas del Raval son otros ejemplos de estos intentos frustrados; cf. Maza, McDonogh y Pujadas, 2002).

Con todos estos antecedentes de intolerancia y de prácticas de *gentrificación* de los nuevos espacios surgidos de la reforma de Ciutat Vella, la credibilidad que podemos otorgar a las intenciones y motivos para organizar un Fórum Universal de las Culturas es muy escasa. Más que la voluntad de promover un debate a fondo que busque soluciones para la gestión democrática y participativa del multiculturalismo, el Fórum sirve de pantalla para esconder la incapacidad de gestionar de forma equitativa y justa el pluralismo cultural de Barcelona, lo que, como hemos sugerido, tiene unas raíces muy claras: la segregación espacial y la segmentación social. No creo, en todo caso, que Barcelona pueda ser un buen ejemplo de gestión de la multiculturalidad, ni antes ni después de la celebración del Fórum Universal de las Culturas.

Bibliografía

- APPADURAI, A. (1991) "Global Ethnoscapes. Notes and Queries for a Transnational Anthropology", en Fox, R. *Recapturing Anthropology*, Santa Fe, SARP, pp. 191-210.
- ARTIGUES, J., MAS, F. y SUÑOL, X. (1980) *El Raval: història d'un barri servidor d'una ciutat*, Barcelona, Col·lecció el Raval, núm. 1.
- BOATWRIGHT, D. y UCELAY DA CAL, E. (1984) "La dona del barrio chino: la imatge dels baixos fons i la revista 'El escàndalo'", en *L'Avenç* 76 (xi), Barcelona, pp. 26-34.
- BORJA, J. y CASTELLS, M. (1997) *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*, Madrid, Taurus.
- CANDEL, F. (1968) *Els altres catalans*, Edicions 62, Barcelona.
- CÍA, B. y FANCELLI, A. (2004) "Entrevista a Joan Clos, alcalde de Barcelona y presidente del Fòrum 2004", en *El País*, 4-1-04, pp. 30-31.
- CLOS, J. (2002) *Discurs de l'alcalde de Barcelona, Joan Clos, a l'acte inaugural de la reunió del Fòrum Mundial de Xarxes de la Societat Civil, UBUNTU*, en <http://www.bcn.es/alcalde/catala/articles/cubuntu.htm>.
- FERNANDES, L. (2003) "A imagem predatória da cidade", en Cordeiro, G., Baptista, L., e Firmino da Costa, A. (comps.) *Etnografias urbanas*, Oeiras, Celta, pp. 53-62.
- FRIEDMAN, J. (1990) "Being in the World. Globalization and Localization", en Featherstone, M. (comp.) *Global Culture*, Londres, Sage, pp. 311-328.
- HANNERZ, U. (1998a) "El papel cultural de las ciudades mundiales", en *Conexiones transnacionales*, Madrid, Cátedra, pp. 205-225.
- HANNERZ, U. (1998b) "Estocolmo, doble mestizaje", en *Conexiones transnacionales*, Madrid, Cátedra, pp. 243-257.
- MARTIN-BARBERO, J. y REY, G. (1999) *Los ejercicios del ver. Hegemonía audiovisual y ficción televisiva*, Barcelona, Gedisa.
- MARTINOTTI, G. (1996) *The new social morphology of cities*, Paris, UNESCO, MOST, Discussion Paper Series, n° 16.
- MAZA GUTIÉRREZ, G. (1999) *Producción, reproducción y cambios en la marginación urbana. La juventud del barrio del Raval de Barcelona 1986-1998*, Tarragona, Universitat Rovira Virgili, Tesis doctoral inédita.
- MAZA, G., McDONOGH, G. y PUJADAS, J.J. (2003) "Barcelona, ciutat oberta: transformacions urbanes, participació ciutadana i cultures de control al barri del Raval", en *Revista d'Etnologia de Catalunya* n° 21, pp. 114-131.
- McDONOGH, G. (1987) "The Geography of Evil: Barcelona's Barrio Chino", en *Anthropological Quarterly*, vol. LX, n° 4, pp. 174-185.
- McDONOGH, G. (1999) "Discourses of the City: Urban Problems and Urban Planning in Barcelona", en Low, S. (ed.) *Theorizing the City New Urban Anthropology*, New Brunswick, Rutgers University Press, pp. 342-376.
- PEIRÓN, F. (2004a) "Una idea para culminar Barcelona", en *La Vanguardia* (Revista), 11-1-04, pp. 2-5.
- PEIRÓN, F. (2004b) "Los barceloneses dan un notable al Fòrum en una encuesta municipal", en *La Vanguardia* (Vivir en Tarragona), 31-1-04, p. 7.
- PUJADAS, J.J. y BAPTISTA, L. (2000) "Confronto e entreposição: os efeitos da metropolitanização na vida das cidades", en *Forum Sociológico* n° 3-4 (II serie), Lisboa, pp. 293-308.
- SASSEN, S. (1991) *The Global City*, New York, London, Tokyo, Princeton, Princeton University Press.
- TORRES, M. (1997) *Un calor tan cercano*, Madrid, Alfaguara.